

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY

Crisis de civilización

La noción de crisis de civilización se ha divulgado y popularizado en los últimos tiempos sin que a menudo se defina o explique. En la actualidad, es preciso matizar que se trata de la crisis de la civilización capitalista y que afecta al conjunto de conocimientos y costumbres que constituye lo que suele definirse como civilización. Los rasgos centrales de esta son la crisis ecológica, el hecho de que vivimos en un mundo globalizado y la homogeneización cultural bajo la forma de occidentalización del mundo. Nos encontramos ante un desastre ético por lo que los valores vigentes y establecidos en nuestras sociedades, y no sólo algunos bancos y empresas, han entrado en bancarrota.

La noción de *crisis de civilización* se ha divulgado tanto en los últimos tiempos, a la hora de nombrar la encrucijada en que nos encontramos, que la mayoría de los periodistas, políticos y publicistas que hoy la emplean ni siquiera se molestan en definir o explicar qué entienden por tal cosa. Suelen dar por supuesto que el oyente o el lector sabe ya de qué va la cosa, que todo el mundo está al loro.

Recientemente, con motivo de unos encuentros empresariales sobre la crisis económica, organizados en San Sebastián por la Sociedad de Garantía Recíproca Elkargi, Michel Camdessus, ex director general del Fondo Monetario Internacional, dejó caer que la actual crisis financiera "tiene componentes de crisis de civilización" y, sin entrar en detalles al respecto, relacionó tal crisis con el "desastre ético" en el que nos encontramos.

Y todavía más recientemente, con motivo de la reunión del G-20 en Londres, a principios de abril de este mismo año, el presidente de Brasil, Luiz Inácio Lula Da Silva, declaraba a *Le Monde* que "más que frente a una grave crisis económica, estamos frente a una crisis de civilización". Tampoco Lula se detiene a definir o describir en qué consiste la crisis de civilización, aunque sí sugiere que, en una situación como la actual, se hacen necesarios nuevos paradigmas, nuevos modelos de consumo y nuevas formas de organización

Francisco
Fernández Buey
es catedrático
de Filosofía
Moral y Política
de la
Universidad
Pompeu Fabra

de la producción; configurar una sociedad, en suma, en la que los hombres y las mujeres sean protagonistas de su historia y no víctimas de la irracionalidad que ha reinado en los últimos años.

Son dos ejemplos, tomados casi al azar, de los muchísimos que cualquier persona podría encontrar en la prensa de los últimos meses. Ya eso da cuenta de hasta qué punto se ha popularizado una expresión que en otros tiempos sólo utilizaban filósofos y economistas críticos, medio ambientalistas con conciencia social y activistas alter mundistas. Y aunque sin llegar a la definición o la descripción de la noción, en las declaraciones de Camdessus y de Lula hay dos palabras que dan al menos una pista. Esas palabras son "desastre ético" e "irracionalidad".

Lo que se está insinuando con ellas es que, por debajo de la crisis alimentaria, de las energías y financiera y por debajo de la recesión económica que se vive desde 2008, hay algo más, bastante más. Y más profundo. La afirmación de que nos encontramos nada menos que ante un desastre ético sugiere, aunque sea vagamente, que los valores vigentes y establecidos en nuestras sociedades, y no sólo algunos bancos y empresas, han entrado en bancarrota. La convicción de que para salir de la irracionalidad en que se ha estado viviendo en los últimos tiempos no baste con nuevos modelos de consumo y nuevas formas de organizar la producción sino que, además, sean necesarios nuevos paradigmas, parece indicar precisamente que la crisis afecta al conjunto de conocimientos y costumbres que constituye lo que suele definirse como civilización.

La primera pregunta que habría que hacer es esta: cuando mentamos la crisis de civilización, ¿de qué desastre ético estamos hablando?, ¿en qué consiste este desastre?, ¿a quiénes afecta y quiénes son los responsables de tal cosa?; o, parafraseando a Lula, ¿qué tipo de irracionalidad es esta que ha hecho que los hombres y mujeres de nuestro tiempo se hayan convertido en víctimas?, ¿quiénes son las víctimas?, ¿hay acaso víctimas sin victimarios?

Ni qué decir tiene que preguntas de este tenor, y en relación con la crisis de civilización, han sido contestadas, con detalle y conocimiento de causa, desde hace tiempo. En prosa y en verso. Como repetía con tono de letanía Leonard Cohen, en una célebre, antigua, hermosa y premonitoria canción: "everybody knows, the deal is rotten, it's coming apart". Todo el mundo que quiere saberlo lo sabe ya. Estamos hablando, sin duda, de la crisis de *nuestra* civilización, de la civilización capitalista, de un sistema que está podrido y que puede saltar en pedazos.

Solo que como Camdessus (por su anterior vínculo con una de las principales instituciones internacionales responsables de la crisis) y Lula (porque lo habrá oído un montón de veces en las reuniones del Foro Social Mundial) también lo saben, saben que estamos

hablando de la crisis de la civilización capitalista, callan el adjetivo y se limitan, con el sustantivo, a hacer un guiño a los de la canción de Leonard Cohen y otro a los empresarios y dirigentes políticos con quienes dialogan y con los que han de convivir.

Por supuesto, no estoy escribiendo esto para criticar a Camdessus y a Lula, que no es el tema, sino para llamar la atención acerca de las ambigüedades y sobreentendidos que siempre conlleva la popularización mediática de una expresión, como esta de crisis de civilización, que en su origen fue utilizada con cierta precisión y no pocos distinguos filosóficos e historiográficos y que corre el riesgo de convertirse en un mero *flatus vocis*, en una de esas palabras que uno acaba empleando como muletilla cuando ha perdido el concepto. Nos pasa a todos.

Se ha popularizado una expresión que en otros tiempos sólo utilizaban filósofos y economistas críticos, medio ambientalistas con conciencia social y activistas alter mundialistas

Ya pasó algo parecido, después de la primera guerra mundial, con la noción de crisis cultural u ocaso de la civilización, antes y después de aquel otro “desastre ético” que representó la crisis económica y financiera del 29. Y si no acertamos a responder con precisión acerca de los responsables concretos de la crisis actual, ni reflexionamos acerca de las formas en que los responsables de la “irracionalidad” están utilizando ya esta crisis, como han hecho en situaciones históricas anteriores, el riesgo que se corre es que se acabe hablando, una vez más, de ocaso o decadencia de la civilización en términos organicistas, comparando civilizaciones con individuos vivos, como hacía Oswald Spengler, y endosando a continuación la responsabilidad de esa crisis a quienes menos culpa tienen. Conviene recordar a este respecto que en aquella ocasión anterior los teóricos organicistas de la crisis de la cultura occidental acabaron cargando el muerto a las masas (que se rebelaban) y a la ciencia contemporánea (de la que poco sabían).

La insostenibilidad: rasgo de una encrucijada

La expresión *crisis de civilización* empezó a divulgarse en EEUU y en Europa a partir de los primeros informes del Club de Roma, hace ahora treinta y tantos años. Ya antes de eso Rachel Carson y Barry Commoner habían llamado la atención sobre uno de los aspectos asociados a lo que hoy entendemos por crisis de civilización: la pérdida del control humano sobre elementos importantísimos del complejo tecno-científico vinculados a una civilización productivista, consumista, eufóricamente desarrollista y dominada, además por otro complejo, el industrial-militar.

Con los ensayos de Carson y de Commoner bastante gente empezó a tomar conciencia de una de las contradicciones de la civilización capitalista en su fase más avanzada, a saber: cómo toda una formación económico-social basada en el uso intensivo del petróleo y de la electricidad y en el uso abusivo del automóvil privado podía quedarse de pronto a oscuras, paralizada, convertirse en un estercolero farmacéutico y los individuos que la componen empezar a comer mierda (con perdón) al mismo tiempo que una parte importante de la población mundial pasaba hambre y carecía de la energía básica para sobrevivir. De una civilización así puede decirse, efectivamente, que está en crisis, que se ha metido en una encrucijada histórica.

Esta situación dio título, significativamente, al segundo de los informes al Club de Roma, redactado por Mesarovic y Pestel en 1974: *La humanidad en la encrucijada*. Ahí aparece ya la noción de *crisis global* y se describe esta como la acumulación, superposición e interacción de multitud de desequilibrios y perturbaciones, entre los cuales destacan la crisis demográfica o poblacional, la crisis de alimentos, la crisis energética y la crisis medioambiental.

La humanidad está en una encrucijada y la crisis es global porque el tipo de crecimiento expansivo se basa cada vez más en la explotación de recursos no renovables y, por tanto, en el expolio de la naturaleza. Todo lo cual ha conducido a la dependencia generalizada de un *stock* común de materias primas, al abastecimiento compartido de productos alimenticios y de energía y a la necesidad de compartir un ambiente también común. Aunque todavía quedaran en el mundo unos pocos lugares al margen de tal descripción, Mesarovic y Pestel podían concluir que, de no rectificar los hábitos imperantes de producción y consumo, el planeta estaría abocado al colapso en un futuro no muy lejano y sus habitantes en peligro de extinción; un futuro que los autores de aquel informe cifraban en aproximadamente cincuenta años.

Dejando a un lado los cálculos prospectivos sobre la fecha del colapso, asunto del que se discutió apasionadamente por entonces (puesto que las variables a tomar en consideración eran y son muchas), debe reconocerse que la encrucijada de la civilización así descrita se ha ido imponiendo en los ambientes académicos y científicos. Se entiende desde entonces que lo que está en crisis es el modo de producir, consumir y vivir característico de las sociedades altamente desarrolladas del planeta desde las revoluciones tecno-científicas de las últimas décadas. Y que la "irracionalidad", que dice Lula, es precisamente lo que los economistas del sistema llamaban racionalidad.

Este es el tipo de argumentación que han seguido la mayoría de los teóricos de la crisis de civilización en el último tercio del siglo XX. Pero aún se puede precisar un poco más sobre esta noción. Desde esa perspectiva, se entiende que el factor central de la perturbación de nuestro tiempo es la crisis ecológica o medioambiental y que las otras crisis aso-

ciadas son o van a ser, por lo general, consecuencia, directa o indirecta, de esta. La palabra clave es insostenibilidad: si no es sostenible la base material de mantenimiento de la vida humana sobre la tierra, evidentemente tampoco puede mantenerse sobre ella el tipo de civilización que ha sido causa de tal perturbación. A lo que se añadía todavía otro factor muy determinante en los años de la guerra fría: la producción de armas de destrucción masiva con capacidad para arrasar el planeta y sus habitantes.

Decir esto significaba reconocer que la llamada crisis de civilización no lo era sólo del sistema capitalista entonces realmente existente, sino también de todo sistema o formación económico-social, independientemente del nombre que esta tome, fundada en el tipo de crecimiento industrialista y productivista, en la aplicación intensiva de tecnologías duras, en el uso masivo y abusivo de los recursos naturales no renovables y en la producción de armas de destrucción masiva.

Para la época en que empezó a hablarse de que la humanidad estaba en una encrucijada, hace treinta y tantos años, esta caracterización de la crisis fue algo así como un alda-bonazo. Pues una de las implicaciones, y no menor, de los informes al Club de Roma y de otras investigaciones paralelas sobre la situación del planeta era tan obvia como incordiante para la visión ideológica del mundo: la crisis de civilización afectaba también a aquellas sociedades que, desde la segunda guerra mundial y a lo largo de la guerra fría, navegaban bajo la bandera del socialismo real, dado que, a pesar de otras diferencias (como la supresión parcial de la propiedad privada y la socialización de algunos medios de producción), estas otras formaciones sociales, que configuraban el llamado sistema socialista, compartían con las sociedades capitalistas los rasgos básicos mentados.

Más allá de una crisis económica

A partir de ahí la pregunta siguiente, una pregunta que no pocas personas se hicieron en aquel momento y que aún puede estar en el aire, es esta: admitiendo la dimensión y magnitud de la crisis ecológica o medioambiental y aún aceptando la conexión de esta crisis, tan evidente, con las otras crisis mentadas ¿es suficiente una descripción como la que aparecía en los primeros informes del Club de Roma para hablar de crisis de civilización?

La pregunta es pertinente si se tiene en cuenta lo que historiadores, sociólogos y politólogos han llamado crisis históricas. Pues una crisis de civilización tendría que caracterizarse como un momento histórico en el cual llegan a un punto crítico (ese punto crítico en el que el mal o la enfermedad da ya la cara o canta, que dicen los médicos) no sólo las estructuras socioeconómicas, sino también las instituciones políticas y culturales así como el sis-

tema de valores que configura y da sentido a una determinada cultura en la acepción antropológica del término. Una crisis de civilización, en esta otra acepción, es una crisis no sólo global sino total, por así decirlo.

Hace treinta años entre los científicos sociales había dudas acerca de si la crisis estaba afectando también a las instituciones políticas y culturales y al sistema de valores predominante en el mundo. Esas dudas tenían que ver mayormente con tres observaciones.

Primera: no todo el mundo usaba el término *crisis* en la acepción griega o médica, o sea, en el sentido de que crisis no implica necesariamente que una civilización tenga que extinguirse o desaparecer, sino que también puede ocurrir que la civilización de referencia mute, se transforme o cambie precisamente a partir del punto crítico.

La palabra clave es insostenibilidad: si no es sostenible la base material de mantenimiento de la vida humana sobre la tierra, evidentemente tampoco puede mantenerse sobre ella el tipo de civilización que ha sido causa de tal perturbación

Segunda: junto a (y frente a) el mundo capitalista altamente desarrollado existían otros dos mundos, uno de los cuales se autoafirmaba como radicalmente diferente en todo, y el otro, el llamado tercer mundo, parecía quedar al margen de los efectos destructivos de los avances tecnocientíficos y, desde luego, era muy distinto del primer mundo en el ámbito de las instituciones políticas, culturalmente y en lo que hace a los valores.

Tercera: no se percibía en las poblaciones del primer mundo, en EEUU, en parte de Europa y en Japón, sensación alguna de que la crisis medioambiental, de energías y recursos estuviera conllevando una crisis paralela de las instituciones políticas, de las formas de la cultura y de la jerarquización establecida de los principales valores morales.

Sobre estas observaciones se ha de decir, a tenor de lo ocurrido en el plano medioambiental en la antigua Unión Soviética, en varios países de la Europa oriental y más tarde en China, que no hay duda ya de que la implicación incordiante de los primeros informes al Club de Roma estaba fundada. Y lo mismo puede decirse, en lo que hace al plano ecológico, de los países del planeta que no habían alcanzado entonces el desarrollo económico y tecnológico de las grandes potencias pero que seguían su estela civilizatoria y se vieron enseguida afectados por estar ubicados en ecosistemas frágiles o por la transferencia de energías, tecnologías y residuos altamente contaminantes o peligrosos. En suma: no hay arca de Noé para este diluvio. La previsión de que es la humanidad en su conjunto la que está en una encrucijada también tiene fundamento.

Pero esto no afecta por igual a todas las críticas de la noción. La más extendida y socorrida de las críticas al concepto de crisis de civilización, sobre todo durante la fase eufórica de lo que se suele llamar neoliberalismo, entre 1980 y 2000, viene a decir que no hay crisis institucional, ni política, ni cultural, ni de valores y que, por tanto, si aceptamos la definición aproximada que hemos dado antes, tampoco hay crisis de civilización propiamente dicha sino, a lo sumo, desequilibrios o desbarajustes medioambientales asociados en algunos casos a crisis temporales, regionales o parciales, pero no globales o que afecten a la totalidad del sistema.

Esta objeción parece coincidir con la percepción que buena parte de la población ha tenido y tiene todavía de la crisis. Lo que se percibía superficialmente, entre 1980 y 2000, en el centro del Imperio, era algo así como un gran "salto adelante" sólo obstaculizado por ciertas crisis (la del petróleo, la de las energías básicas, la de las finanzas), molestas pero parciales y puntuales. Todavía ahora son muchas las personas que sólo sienten o perciben las manifestaciones más aparentes de la crisis medioambiental (los desastres ecológicos), de la crisis de la energía (el encarecimiento del precio del petróleo), de la crisis financiera (las bancarrotas bancarias) o de la depresión económica (el paro y la reducción del consumo). La crisis institucional, la crisis ética, la crisis de los valores morales compartidos por una civilización, sólo se suele percibir bien después de que se ha rebasado lo que se llama el punto crítico.

Para explicar esta coincidencia entre la negación de la existencia de una crisis de civilización y la percepción parcial o fragmentaria de las crisis habría que decir que ninguna crisis histórica de civilización se ha caracterizado por el colapso fulminante, ni siquiera por la superposición en un mismo momento de las crisis demográficas, institucionales, políticas, de las culturas y de los valores que las sustentan. El colapso suele producirse precisamente al final de la crisis, después del punto crítico, y ese colapso es parte de la resolución, por lo general en un sentido negativo, de la misma. Históricamente ha ocurrido incluso que la crisis civilizatoria aparezca enmascarada por el hecho de que simultáneamente ha habido avances importantes en la producción artística y cultural o también en el ámbito jurídico-político.

Si hay que seguir comparando con otras crisis históricas de las que tenemos noticia, convendría recordar algo que vio muy bien el historiador Ramón Carande en su estupendo libro sobre los banqueros de la época de Carlos V: lo que antes de rebasar el punto crítico se percibe como "salto adelante" es en realidad una estrategia de conservación en la crisis, por parte del Imperio o de la civilización hegemónica, que puede caracterizarse como la estrategia de la "trampa adelante". Eso es lo que se hizo en España, en el ámbito financiero y económico, en las décadas cruciales del siglo XVI, antes del hundimiento económico-social y político del Imperio. Salto adelante en la crisis económico-financiera suele ser casi siempre "trampa adelante". La comparación con aquella otra crisis histórica tiene interés porque, haciendo abstracción ahora de otras diferencias conocidas, hay un factor común

que puede acabar resultando decisivo: el monumental endeudamiento de la principal potencia del momento (en aquel caso España; en este EEUU).

Pero "trampa adelante" quiere decir también, hablando en plata, cambiar las reglas del juego establecidas para la interpretación de los datos básicos de la crisis, sin reconocer la dimensión y profundidad de la misma. En los años de la euforia neoliberal hemos estado de nuevo en una de esas situaciones históricas de "trampa adelante", en una situación en la que banqueros, empresarios, políticos e ideólogos han cambiado subrepticamente las cartas con que se estaba jugando. Ellos jugaban al póker en los salones de la maximización de beneficios y de la especulación mientras que la mayoría del pueblo creía estar jugando al mus entre amigos o en la sede de la asociación de vecinos.

Occidentalismo y crisis cultural y de valores

No quería llevar más allá las analogías porque sé que los ejemplos suelen acabar vengándose de quien los pone también en el caso de las comparaciones históricas. Así que vamos a la diferencia. La diferencia sustancial entre otras crisis anteriores y la crisis que viene incubándose en las últimas décadas es algo que captó perfectamente uno de los primeros economistas sensibles que habló aquí, entre nosotros, de crisis de civilización. Me refiero a José Luis Sampedro. En un artículo publicado ahora hará treinta años con el título de "Crisis económica y crisis de civilización", y refiriéndose a la entonces renombrada *stagflation*, Sampedro distinguía entre el tipo de perturbaciones que produjo la crisis del 29 y la particularidad de la crisis entonces en curso, equiparando la primera a la "enfermedad" y la segunda a la "metamorfosis".

Es cierto que ambas crisis comparten manifestaciones como el desbarajuste financiero, la crisis monetaria y el paro, pero la segunda perturbación, la que anuncia o preanuncia ya la nuestra, se caracteriza porque en ella se añade a eso la crisis de la energía y la crisis medio-ambiental, lo cual es mucho teniendo en cuenta que el petróleo, en palabras de Sampedro, viene a ser "la sangre del sistema" y que los diferentes tipos de contaminación impiden la respiración o asfixian al ser humano enfermo y al conjunto de los organismos vivos. A partir de ahí, y atendiendo a la metáfora, se puede establecer la diferencia de fondo entre una crisis económica *dentro del sistema* y una crisis de civilización, que afecta ya a *todo el sistema*.

Para evitar que se identificara esta caracterización suya de la perturbación en curso como crisis de civilización que afecta a todo el sistema con alguna forma de catastrofismo (acusación que era habitual entre los teóricos de la economía estándar de la época), José Luis Sampedro terminaba su artículo citando unas palabras de Burckhardt sobre las crisis

históricas que aún vienen a cuento: "Las crisis desembarazan el terreno. Eliminan primero innumerables formas externas muertas desde hace tiempo y que hubiera sido imposible extinguir a causa de sus derechos históricos. Suprimen después ciertos pseudo-organismos que jamás tuvieron derecho a la existencia y que, fuertemente incrustados en todos los aspectos de la vida, son los principales responsables de nuestra predilección por la mediocridad y nuestro odio hacia todo lo excepcional".

También yo creo que eso es así. Y supongo que porque eso es así, porque están pensando en las formas externas muertas hace tiempo, en pseudo-organismos que jamás tuvieron derecho a la existencia y hasta en la predilección por la mediocridad, hay hoy economistas respetables, como Amartya Sen, que no creen que el uso de la palabra *capitalismo* sea ya de utilidad al tratar de la crisis en que estamos. El argumento de Sen es como mínimo atendible: si entendemos por capitalismo un sistema cuyos valores principales son la defensa del mercado como lugar del intercambio, la maximización de beneficios como premio a la innovación empresarial y la propiedad privada como garantía jurídica de las relaciones sociales, no parece que tal cosa esté en crisis ni siquiera ahora. La crisis, pues, vendría propiamente del exceso, de la exageración en la implementación neoliberal de tales principios, o sea, de la desregulación de los mercados, de la privatización de sectores de la vida no mercantilizables y de la conversión de la maximización de beneficios en codicia, usura y especulación.

Mucha gente piensa, como Sen, que lo que ha entrado en crisis no es el sistema capitalista como tal, sino la forma u orientación neoliberal del capitalismo en su fase más reciente. Y piensa también que tal vez bastaría con retornar a Keynes (o a Smith, o a Pigou, como quiere el propio Sen) para empezar a superar la perturbación actual e incluso para salir de la crisis. Esto es al menos lo que se deduce de macroencuestas recientemente realizadas a amplias muestras de las poblaciones de la Unión Europea y de EEUU. Pero el neoliberalismo no es una civilización, es sólo una de las ideologías del capitalismo realmente existente. Por tanto, atendiendo al argumento y a las encuestas, sería excesivo seguir hablando, incluso en un momento como este, de crisis del capitalismo y de crisis de civilización.

No comentaré aquí los resultados de las encuestas recientes porque, como es sabido, las respuestas suelen estar inducidas por las preguntas. Pero sí habría que decir algo sobre el argumento de Amartya Sen. Si bien se mira, este argumento tiene el mismo defecto que el razonamiento empleado en otros ámbitos, después de 1990, para negar la crisis del comunismo: contraponer los valores puros de los mejores teóricos de la cosa a la cruda realidad de lo existente considerando que las deformaciones del sistema son debidas a la mala interpretación o a las tergiversaciones de los principios básicos que constituyen el ideal. No hay que olvidarlo: también el capitalismo fue para algunos un ideal. Y es verdad que ahora, visto el desastre ético, se vuelve a hablar de ideales.

Pero la cuestión es que de la misma manera que no se refunda o se recrea un sistema igualitario a partir de lo que fueron los valores de los fundadores del ideario comunista, tampoco parece probable que se vaya a refundar o recrear sin más este otro sistema sobre ideales cuya consecuencia histórica principal y probada ha sido la destrucción de vida y de culturas. De vida, por la orientación biocida implicada en el industrialismo, en el productivismo y en el consumismo; de culturas, por el carácter constantemente expansivo e invasivo de la civilización que ha creado. Y esto, hay que decirlo, con independencia de la ideología dominante en él en sus diversos momentos históricos.

El occidentalismo potencia la homogenización cultural, es prepotente y expansivo: desprecia o ignora las diferencias culturales, alimenta el neocolonialismo, la xenofobia y el racismo

Así pues, incluso suponiendo que, en atención al argumento de Amartya Sen sobre los valores e ideales de algunos de sus fundadores, se aceptara prescindir de la palabra capitalismo al tratar de la crisis actual, todavía quedaría ese otro rasgo inalterado y sustantivo del sistema, que le ha acompañado siempre y le sigue acompañando: su irrefrenable vocación expansiva, su papel liquidador de civilizaciones y culturas, que es, según todos los indicios, lo que se tiene *in mente* cuando se habla de catástrofe en el plano ético.

Así se entra en el último, pero no menos importante, de los factores constituyentes de la crisis de civilización tal como se entiende hoy en día: la crisis cultural y de valores. Aquí está justificado preguntar de nuevo: ¿qué civilización es la que está en crisis? Una respuesta inmediata a esta pregunta sería decir drásticamente que *todas*, todas las culturas y civilizaciones históricas que han sido invadidas por la civilización capitalista en su expansión desde el siglo XVI hasta nuestros días. Si no se quiere ser tan drástico, se podría decir que la mayoría de las culturas y civilizaciones invadidas por la civilización capitalista a lo largo de una historia siniestra han pasado ya, casi siempre para mal, el punto crítico. La mayoría de las minoritarias están en el umbral de la extinción. La minoría de las que fueron históricamente mayoritarias han sido permeadas hasta tal punto por los valores de la civilización hegemónica que empiezan a resultar irreconocibles.

Pero también en esto la réplica podría ser igual de inmediata: todas, o casi todas, menos la nuestra, menos la cultura o civilización que los antropólogos llaman euroamericana y los sociólogos y politólogos, "occidental". ¿Es esto cierto en el mundo globalizado de hoy? Tiene sentido reflexionar sobre ello, para acabar, porque si resulta que tal réplica es acertada entonces la noción recurrente y más habitual de crisis de civilización decaería o tendría que ser reformulada.

Yo creo que tiene que ser reformulada teniendo en cuenta la principal implicación que, en plano cultural, tiene el vivir en un mundo globalizado. Una de las consecuencias más patentes de lo que se ha dado en llamar globalización es la tendencia a la homogenización cultural. La homogeneización cultural actual ha tomado la forma de occidentalización del mundo. El occidentalismo es, desde luego, la cara externa del capitalismo en la era de la globalización. Pero el occidentalismo no es sólo capitalismo, incluye valores morales procedentes de varias religiones y también de la Ilustración europea. El occidentalismo, así entendido, potencia la homogenización cultural, es prepotente y expansivo: desprecia o ignora las diferencias culturales, alimenta el neocolonialismo, la xenofobia y el racismo. El occidentalismo trae como consecuencia la extensión del sentimiento de *pérdida cultural* en millones de personas en todo el mundo.

La sensación de pérdida cultural se observa, desde luego, en las poblaciones autóctonas de países o regiones del mundo que se ven amenazados por el proceso de homogeneización porque esta se lleva por delante sus lenguas y sus costumbres. Pero se observa también en importantes contingentes de inmigrantes que tienen dificultades para adaptarse a la cultura (o culturas) de los países receptores, que se resisten a la asimilación y que querían mantener los hábitos y costumbres de las culturas de procedencia (o al menos la doble identidad). Y se observa, finalmente, en las poblaciones de los países receptores de los flujos de inmigración porque mucha gente se declara amenazada por los hábitos y costumbres de los inmigrantes de otras culturas.

Teniendo en cuenta que actualmente son muchísimas las personas afectadas, y en distintos lugares del mundo, por alguno de esos sentimientos o percepciones, se comprende la extensión que ha ido alcanzado en la civilización hegemónica y en sus mezclas aquello que algunos amerindios del siglo XVI denominaron *nepantlismo*. Para ellos estar *nepantla* era "estar en medio", estar indefinidos culturalmente, sin acabar de saber a qué carta quedarse en el encuentro entre culturas. Para nosotros, y muy particularmente para aquellas personas que comparten el sentimiento de pérdida cultural, ocurre, salvando las distancias, algo parecido.

Un mundo culturalmente dividido entre prepotentes y *nepantlas* es un mundo en crisis. Pocas cosas puede haber tan representativas de una crisis de civilización como el sentimiento de pérdida de los valores que han sido propios. Eso es lo que hay. Y eso no se arregla buscando en las clásicos de cada cual los valores perdidos.